

MANIFIESTO

Lo que vemos lo que nos mira

“Lo que vemos no vale –no vive– a nuestros ojos más que por lo que nos mira” (2010 13), comienza diciendo Didi Huberman en su libro *Lo que vemos lo que nos mira*.¹ Es más fácil decirlo que asumir la abstracción que resume esta sentencia y su razón ontológica. Es esta una relación entre partes que va más allá de los objetos y de nosotros mismos. El objeto es la razón de existir de nuestros ojos, pues sin él los ojos no reconocerían su función. La cosa, el objeto, dice de nosotros tanto o más de lo que nosotros podemos decir de él, ya que nos refleja, al tiempo que traduce para nuestra experiencia todo lo que nuestra mirada accede a saber sobre él. Imaginemos unas líneas de fuga que van desde el objeto hacia nuestra perspectiva, hacia nuestros ojos. Es la cosa, en definitiva, la que nos evalúa, la que nos da el permiso para constituir la desde una imagen de nosotros mismos. El latigazo nos devuelve algo más que una percepción; nos regresa una relación operativa que impacta sobre nuestra vida en términos de vivencia: psíquica, física y emocional, al punto que toda nuestra vida –al menos en ese preciso momento– parece depender de esos objetos a los que miramos. Las cosas que miramos nos devuelven una imagen en espejo que al final siempre termina siendo una parte importante de nosotros mismos. Es importante no perder de vista un punto, o mejor dicho dos puntos, e incluso tres elementos: el circuito comunicante que une el objeto y la mirada a través de ese cordón invisible que es la conexión que se establece al “mirar”. Es fundamental porque el resultado de ese trayecto es la dependencia indisoluble entre la fuerza vital de un objeto y un ser vivo que registra esa potencia, a través de la pura esencia conectiva. Miradas que determinan objetos, objetos que determinan miradas. La fiebre del oro, una joya, la locura de Wall Street, la infinita polisemia masmediática, el color alucinado del arte pop, la torre de Paris, y así un sinnúmero de máscaras, espejos, pantallas, voces, inmensidad y colores; todos ellos réplicas de un juego que explora en el reflejo el destello de luz que se acerca y se aleja a medida que se trastorna la medida

1. Didi Huberman en *Lo que vemos lo que nos mira* (Traducido por Horacio Pons. Manantiales, Buenos Aires, 2010).

de lo propio y lo ajeno en la velocidad del viaje. Lo que vemos: el oro refulgente, los números rojos o verdes en las pantallas de cuarzo de la Bolsa de valores, las imágenes televisivas, una fotografía, las voces en la radio y en la prensa escrita, las sopas Campbell y un Mao lisérgico, el “bang” o el “boom” de una viñeta de Liechtenstein, un Challenger despegando con furia de fuegos artificiales del Cabo Kennedy. Lo que nos mira, nos absorbe, completa y revitaliza, nos refleja, comprende y constituye, está de ese otro lado que también es el lugar de la mismidad, rebotando desde su lugar fantasmático para asombrarse sobre nosotros y decirnos que somos gracias a él. La conexión fantasma que transforma, metamorfosea, convierte esa unión entre la mirada y lo que es mirado en energía vital, haciéndolo real para nuestras expectativas de tangibilidad.

Hay mucho más que un cuerpo, dos cuerpos, dos ojos y tres elementos involucrados en ese procedimiento de reconocer un objeto, flecharlo, de algún modo arrebatarlo, en ese tantear incesante en el universo de las cosas aprehensibles. La intención del sujeto que mira no es previsible, tampoco la dimensión que ese mismo objeto va a provocar en el observador. ¿El reconocimiento? ¿Un alejamiento? ¿La dispersión o diseminación? Un rayo de inmortalidad atraviesa el fin último de sus existencias, EN ESE PRECISO MOMENTO. Algo de eso parece estar involucrado en lo que Huberman quiere decirnos cuando habla de “permanecer en el tiempo presente de su experiencia de lo visible” (*Lo que vemos* 27). Afuera y adentro, abierto-cerrado, todos ellos son nombres de una vacilación entre lo que es y lo que no es, lo que se establece y lo que se torna inasequible o nunca se constituye. Derivas, variantes, formatos inesperados de configuración del espacio de lo real. Nosotros los realizamos al mirarlos, los objetos que miramos lo confirman al dejarse observar y determinar, incluyéndonos en esa geografía monstruosa, heterogénea y polimorfa que es la vida de nosotros junto a los objetos.

“Estamos convencidos, sabemos que en una cultura todo habla”, dice Foucault en “Las palabras y las imágenes” (1999 322),² y su dictamen tiene mucho que ver con el discurso sobre lo que vemos y lo que nos mira que viene construyéndose desde un principio del texto. Nosotros los (nos) realizamos al mirarlos: los toros y los caballos dibujados en colores sobre las piedras de las cuevas de Altamira y de Lascaux que nos cautivan porque nos imaginamos historias, narrativas, quizás una historia parecida a la que generó esa inspiración en los artistas primitivos, quizás una historia completamente distinta; eso dependerá de los ojos que miran, y, detrás de esos ojos: de los objetos que se dejan captar por la mirada y que dan vida a ese

2. Michel Foucault en “Las palabras y las imágenes” (*Entre filosofía y literatura*. Traducido por Miguel Morey. Paidós, Buenos Aires, 1999).

momento exacto en que la vida de ese observador se transforma al ser interpelada por el objeto, preparada por el objeto, atendida por él. Y también el objeto en sí mismo, al ser asimilado por la mirada del observador, se metamorfosea en algo que lleva partes de sí mismo y del observador que lo capta, o en todo caso partes iguales de ambos naufragios. ¿Una aparición? ¿Es eso la realidad? Sin duda que el hallazgo de valores expresivos en un objeto dependerá de la sensibilidad del que mira, de la ductilidad y las experiencias del ojo que se lanza al mar abierto para la traducción del objeto empírico.

En una cita de León Deubel en la *Obra de los pasajes* de Walter Benjamin se lee lo siguiente: “Creo [...] en mi alma: la Cosa” (2013 65).³ La cosa y el alma, unidos por ese lazo de oro que despiden los ojos, la percepción y luego la concienciación. La dialéctica del adentro y el afuera sobre la que tanto hablaron y acertaron Bachelard (1993)⁴ y Foucault (1999) es del todo engañosa, puesto que el objeto que observamos y los ojos que lo miran no entran en ese juego de la dispersión y el ocultamiento que hace a un lado la cosa de aquello que la mira. No. Ellos son todo diálogo, interacción, conexión, un tramo del cordel áureo (según Lezama Lima) de Ariadna que guía a Perseo en el laberinto para que encuentre y mate al Minotauro. Sucede de ese modo: no hay una separación entre lo que vemos y lo que nos mira. “Dentro y fuera –comenta Bachelard– constituyen una dialéctica del descuartizamiento y la geometría evidente de dicha dialéctica nos ciega en cuanto la aplicamos a terrenos metafóricos” (*La poética* 250). Es notoria –además de íntima, insurgente– la relación de esta cita de Bachelard con el marco filosófico de esa unión que se establece entre lo que vemos y lo que nos mira. No solo con respecto a unos ojos que pueden ser los nuestros, los míos, los suyos, los de aquel que mira una cosa: un animal, una foto, un tanque de guerra, una película de Chaplin, sino que, asimismo, esa conexión invisible, férrea, imantada, entre el objeto observado y el sujeto que ve, unidos indisoluble y frenéticamente, puede llevarse hasta los límites y aplicarse a una sociedad, a toda una época. Otra vez una cita robada de Benjamin a Anatole France, en esta ocasión en la *Obra de los pasajes* (Vol. 2), sirve de ejemplo para todo esto que viene diciéndose: “En muchas ocasiones me ha pasado encontrar en sucesos puntuales que iban sucediendo ante mis ojos una fisonomía original donde me he complacido en discernir el espíritu propio de la época...” (2013 867).⁵ La síntesis es concreta. Lo que mira se hace eco del objeto y de las propias redes

3. Walter Benjamin en *Obra de los pasajes*. Vol. 1 (Traducido por Juan Barja. Abada, Madrid, 2013).

4. Gastón Bachelard en *La poética del espacio* (Traducido por Ernestina de Champourcin. Fondo de Cultura Económica, México, 1993).

5. Walter Benjamin en *Obra de los pasajes*. Vol. 2 (Traducido por Juan Barja. Abada, Madrid, 2013).

semánticas, combinatorias y discursivas que él mantiene con respecto a un número infinito de objetos y sus relaciones. Lo que vemos se constituye atravesando el eco y configurándose en esa mirada que, al asumirlo, adoptarlo, reconocerlo, rompe con el simulacro de la pasividad, construyendo la experiencia artística por excelencia.

Virginia Frade.